

que la noche cerró con alguna escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras mas se llegaban mayores parecian, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quijote, el cual, animándose un poco, dijo: "Esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.—¡Desdichado de mí! respondió Sancho; si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran?—Por mas fantasmas que sean, dijo Don Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada.—Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no?—Con todo eso, replicó Don Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo.—Sí tendré, si á Dios place," respondió Sancho; y apartándose los dos á un lado del camino tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser, y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frio de quartana, y creció mas el batir y dentellear cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de las cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo, enlutados hasta los piés de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban: iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña vision, á tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo, y así fuera en cuanto á Don Quijote, que ya Sancho habia dado al través con todo su esfuerzo: lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros: figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente

habian de pasar; y cuando los vió cerca alzó la voz, y dijo: "Deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas llevais, que, segun las muestras, ó vosotros habeis fecho ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron.—Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís;" y picando la mula pasó delante. Sintióse desta respuesta grandemente Don Quijote, y trabando del freno, dijo: "Deteneos y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla." Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que, alzándose en los piés, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pié, viendo caer el encamisado comenzó á denostar á Don Quijote, el cual, ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demás era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y así con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lomas no se podian mover; así que muy á su salvo Don Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno, que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: "Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice." Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quijote, y llegándose á él le puso la punta del lanzon en el rostro, diciéndole que se rindiese, si no que le mataria, á lo cual respondió el caido: "Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes.—Pues ¿quién diablos os ha traído aquí, dijo Don Quijote, siendo hombre de iglesia?—¿Quién, señor? replicó el caido; mi desventura.—Pues otra mayor os amenaza, dijo Don Quijote, si no me satisfacedis á todo cuanto primero os pregunté.—Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado; y así sabrá vuestra merced que, aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso Lopez, soy natural de Alcoendas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en

aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.—¿Y quién le mató? preguntó Don Quijote.—Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller.—Desa suerte, dijo Don Quijote, quitado me há Nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera si á mí mismo me matara; y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.—No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida, y el agravio que en mí habeis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras.—No todas las cosas, respondió Don Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos Satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre.—Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.—Hablara yo para mañana, dijo Don Quijote; y ¿hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della le dió la hacha, y Don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho. Dijole tambien Sancho: “Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso Don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *El Caballero de la Triste Figura*.” Con esto se fué el bachiller, y Don Quijote preguntó á Sancho que qué le habia movido á llamarle *El Caballero de la Triste Figura* mas entonces que nunca. “Yo se lo diré, respondió Sancho; porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá que jamás

he visto; y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes.—No es eso, respondió Don Quijote, sino que el sábio á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba *El de la Ardiente Espada*, cuál *El del Unicornio*, aquel *De las Doncellas*, aqueste *El del Ave Fénix*, el otro *El Caballero del Grifo*, estotro *El de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así digo que el sábio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llameses *El Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura.—No hay para qué, señor, querer gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho; sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas y sin otra imágen ni escudo le llamarán *El de la Triste Figura*; y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura.” Rióse Don Quijote del donaire de Sancho; pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como habia imaginado, y dijole: “Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada *juxta illud: si quis suadente diabolo, &c.*, aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzon; cuanto mas que yo no pensé que ofendia á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo; y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.” En oyendo esto el bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera Don Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: “Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en qué entender: el jumento está como conviene, la montaña es cerca, la hambre carga; no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de piés, y, como dicen, *váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza*,” y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguió; y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas se